

El vacío

En el fondo usted no está enferma, no.
Usted morirá de agotamiento,
morirá de haber mirado demasiado el mundo,
de haber tomado demasiado whisky, vino tinto, vino blanco,
todo tipo de licores. Muerta de haber fumado demasiado,
muerta de haber amado demasiados amantes, todo tipo de amantes,
muerta de demasiadas iras en contra de las injusticias del mundo.

Yann Andréa, *Cet amour-là*

1
La mujer miraba a las olas con los ojos húmedos, bien abiertos; ojos que querían gritar, vencer, alguna vez, por una sola vez, vencer, para que ese mar impío -como todo lo natural- no se lleve el pequeño muro que, incipientemente y con los pocos recursos que tenía, había construido en los linderos de su casa. Ese muro era lo único que podría proteger a esos sembríos de arroz del embiste del clima, siembra que tanto esfuerzo le había costado bajo ese sol pe-

renne y tropical, que le exprimía el sudor apretujándole la frente, bajo su nón lá, su sombrero vietnamita.

Años después, ya adulta, Marguerite recordaría los ojos de su madre. Esa mirada, pensaría la entonces niña, es algo nuevo y terrible en el mundo. Ahí se resume un dolor atávico, una pérdida implacable, el amor -dirá su madre en sueños- es lo que queda para los que pueden, para los que logran, para los que tienen tiempo de partirse el corazón en lugar de partirse el lomo.

Eso veía la niña Marguerite en los ojos de su madre. Entonces esto era la frustración, se diría en el sueño, recordando esos ojos húmedos frente a las olas, mientras respiraba, adentro, nítidamente y sin edad, el aire amarillo de la casa de su infancia.

Él la contemplaba dormir, la veía ahí, en el sofá de la sala, sumergida en aquel otro mundo, que sin embargo era tan o más concreto que el mundo de la vigilia. Él, más que nadie, lo sabía. Ahí está la materia de su grandeza, de su furia, pensó, y desistió de la idea de despertarla para desayunar; era ya cerca del mediodía, y la luz entraba rauda por los grandes ventanales del departamento; el tráfico parisino reverberaba como un ronroneo de una inmensa bestia dormida sobre la ciudad. No, no la despertaré, se dijo, y se levantó para preparar tostadas, huevos revueltos y café.

¿Qué hace? Le dijo ella, sorprendiéndolo en el inicial acto de poner la cafetera en la hornilla; estoy despierta, mon petit, le dijo, mientras estiraba los pequeños brazos regordetes, desperezándose.

Soñé con mi madre, dijo. Lo sé, contestó Yann, siempre que lo hace, en su rostro se forma una cara que parece ser muy antigua, ese rostro usted siempre lo utiliza cuando sueña con su madre, prendió las dos hornillas, puso la sartén y la cafetera, hasta podría hacerle un diccionario de sus rostros, de cuando sueña con Kiwi, con Robert, o con Dionys, incluso cuando sueña con Jean, que, por cierto, hizo una pausa, puso los huevos en la sartén y continuó, llamó esta mañana; pero le dije que usted descansaba, que llame más tarde.

Ah, entonces dice usted que tengo una galería de rostros para cada sueño, dijo ella con los ojos aún hinchados por el descanso. Me gusta, ya quisiera yo poder tener esos mismos rostros en la realidad, pero ya ve, la vigilia es la madre de lo predecible, y de ahí que todos tengamos un mismo rostro; carraspeó la garganta, y volvió a desperezarse. Hizo bien en no despertarme para atender a Jean, no estoy ahora para peroratas de nadie, así sea él.

Se quedó pensando y continuó: me gusta la idea de los rostros, en

la vigilia la cosa es demasiado estática, por eso será que todos estamos condenados a llevar una sola máscara, ya sea horrible o encantadora, además, eso es relativo, todos al final llevaremos esa máscara incluso a nuestro funeral, y eso es todo, dijo, mientras veía a Yann verter el café en las dos tazas y apagar las hornillas.

También llamó alguien más, dijo él, mientras sacaba los panes de la tostadora y los ponía en los platos, ¿ah, sí? Inquirió Marguerite, ya sentada frente a la humeante taza de café que empañaba sus extensos lentes de montura gruesa; déjeme adivinar, dijo ella, con sorna. Alguien de Gallimard. No. Dijo él, divirtiéndose como un niño en un juego de adivinanzas. Su delgadísimo y proustiano bigote se remojaba con delicadeza en la taza de café, mientras sus lentes delgados, mucho más pequeños que los de ella, se empañaban haciendo un

diminuto círculo de niebla en el centro del cristal.

Pues no lo sé, ¿algún periodista inoportuno? Pero no lo creo, por su tono de voz y por su carita de intriga, seguro que llamó alguien más relevante, ¡ya lo tengo!, dijo, juguetona, Dionys, seguro que fue él, ya que llama el hijo, ¿por qué no el padre? Intentó bromear. Yann rio con ojos dulces; y al fin la lengua le venció: no, fue su hermano,

Pierre, dijo. Marguerite miró fijamente a los ojos de Yann, atravesando las nieblas de sus lentes y las nieblas parciales de los de él, como queriéndolo sentenciar por algo, pero luego cambió el semblante y solo preguntó si quedó en llamar nuevamente. No lo sé, dijo él. Creo que llamaba de alguna estación de trenes, había



mucho ruido, se limitó a preguntar por usted, y cuando le dije que dormía, contestó, ah, bien, y cerró.

Seguro llamará esta tarde, lo sé, lo presiento, como se presiente la guerra, dijo ella, intentando bromear nuevamente. Yann tomó el último sorbo del café y puso un poco de huevo en la tostada. Si quiere le digo que no está. No, eso es descortés, es mi hermano, no la guerra, dijo ella, y se sacó los lentes para limpiarlos con el filo del mantel, se los puso nuevamente y miró por la ventana, luego miró su taza de café; sus ojos ahora se veían nítidos tras los cristales, como si fueran un microscopio y no un lente común; luego miró, por unos segundos, las partículas de polvo en el aire, flotando dentro de un haz de luz: así debe ser la vida cotidiana, se dijo para sí. Tomó una servilleta, se limpió la boca y se levantó en dirección al pasillo del departamento.

Hoy pediremos comida, le dijo a Yann. No, no es buena idea, amor, hoy prepararé pasta, dijo él. Como desee su majestad, dijo ella, haciendo una venia

entre seria y bromista. Yann le mandó un beso volado desde la cocina, ella, sin verlo, pero oyéndolo, lo agarró con la mano levantada tras su hombro, de espaldas, en dirección al baño; y suspiró, sonriendo.

Mientras Yann ponía los platos en el lavabo y abría la llave para remojarlos, recordó, sin saber exactamente por qué (siempre pasa cuando uno lava platos, se decía) la primera vez que la vio. Él apenas sería un tímido muchacho homosexual viviendo en el pequeño pueblo de Caen. A donde ella fue invitada por un Cinema Arte a tener un conversatorio luego de la proyección de India Song. Fue en 1975, recordó, él había acabado de graduarse en filosofía y participaba en el panel sobre la película; fue allí que la tuvo tan cerca físicamente, que Yann, luego de hablar, concentrado en el filme, decidió acudir con el resto de los graduados y Marguerite a un bar cerca del centro, donde ella se tomó dos whiskies y conversaba con más soltura sobre la película, él estaba nervioso, recordó también que le había preguntado a cuánto manejaba por la noche en su auto, a 90

por hora, dijo ella, como cualquiera que tenga un R16.

Luego de aquel bar, esa noche, recordó también, mientras enjabonaba los platos, que la había acompañado al estacionamiento donde ella había dejado su Renault 16. Fue allí que soltó la pregunta como si fuese una roca que se desprendiese de un peñasco en dirección a un río profundo: ¿Usted tiene amantes? Le dijo el chico de 28 a la mujer de 65. Él recuerda la mirada de Marguerite justo antes de subir al auto y despedirse, fue sonreír con los ojos. Ya no, contestó, y cerró la puerta del coche.

Esa primera noche Yann también le habló de la fascinación que le había causado la lectura de Los caballitos de Tarquinia, ese, en el fondo, fue el inicio de todo, de todo esto, pensaba él ahora, mientras secaba los platos y escuchaba a Marguerite tararear algo de Alessio, tal vez Blue Moon, desde el baño. La lectura de aquella novela había sembrado algo en él, algo que respiraba y crecía dentro como un árbol perenne, como una avalan-

cha lenta que, sin embargo, cubría todos los espacios allí y entonces, aquí y ahora. Así se vio a sí mismo, parado ahí, en aquel estacionamiento, ondeando el brazo a manera de despedida en el medio de la noche, viendo partir al Renault 16 con sus luces delanteras desintegrando las tinieblas, las tinieblas que rodean todo, pensó.

Fueron cinco años de enviarle cartas casi todos los días, algunas eran muy cortas, de una frase, otras un poco más extensas, hablaban de todo; pero siempre había en ellas algo de desesperación o de ayuda requerida, algo como una urgencia de saber de ella, de saber que esté bien; pero Marguerite no contestaba nunca, o casi nunca, recuerda él, porque cuando desistió de la idea de seguirle escribiendo cartas, tal vez un mes después, sin enviar nada, sorpresivamente, llegó una carta de Marguerite, donde le preguntaba por qué había dejado de escribir.

Luego hablaron por teléfono, quedaron en un encuentro, él iría a visitarla a Roches Noires, donde

vivía por aquel entonces, sola en un cuarto de hotel en Marruecos, al borde de la playa. El resto sería su historia, aquella historia que estaba sucediendo en ese preciso instante, en ese piso de París, en donde los dos vivían homenajando sus soledades, como diría el poeta Rilke, en ese pequeño universo en donde compartían el alcohol, el humo, las pastillas (mucho más ella que él) y una que otra pelea, como es normal en las personas que se aman y que han sobrepasado el enamoramiento, para entrar en el amor real, en el verdadero rostro del otro, en la desacralización del otro; en ser, de alguna manera, el otro.

2

Creo que quiero volver a Marruecos, dijo ella, mientras retiraba unos libros de su escritorio para hacer más espacio para más libros. ¿Le gustaría venir conmigo? Es una gran idea, dijo Yann, ayudándola a acomodar los textos que ella levantaba en su mano y que él los tomaba para ponerlos en un estante en la pared. Pues tendría que cancelar las invitaciones pen-

dientes, decía Marguerite, cuando sonó el timbre del departamento, Yann contestó, y por el citófono preguntó quién es, ah, dijo, e hizo una cara de resignación, d'accord, sube, sí, ella está aquí.

Era Pierre, que, en lugar de volver a llamar, simplemente había decidido ir a visitar a su hermana menor. Apareció en el umbral de la puerta, se lo veía saludable, bronceado, había ganado unas libras demás desde la última vez que ella lo vio. Marguerite lo saludó, ¿quieres té? Le preguntó, no, así está bien, dijo Pierre, mientras inspeccionaba con la mirada los cuadros del departamento. Pues he venido por algo puntual, dijo él, y sé que no es un buen momento para nadie, con esto de la crisis económica del país, y bueno, siguió mirando las pinturas mientras caminaba bordeando las paredes. El tema, hermana querida, es que necesito de tu ayuda, solo requiero un pequeño préstamo; nada más, tengo un negocio pendiente, y una vez que pague ese capital podré ganar el triple y podré pagarte.

Ella lo miró detrás de sus gruesos lentes, con un cigarrillo en la mano

que apenas lo había encendido, y le dijo que no, que no tenía en ese momento dinero para gastos extras, que estaba esperando un abono por una nueva obra en la que estaba trabajando; luego pensó, para qué estoy dándole explicaciones, sin embargo, ya había soltado la noticia, que era cierta, sobre el nuevo libro, Yann la miró sorprendido y alegre, pero en ese instante Pierre no dejaba de insistir en el préstamo. No entiendo por qué esa actitud, mujer; por qué siempre tienes que ser tan egoísta, como aquella vez que te fuiste con Dionys abandonando a tu esposo Robert, que estaba en los campos de concentración, por dios; no entiendo por qué eres así; sólo es un pequeño favor a tu hermano.

Ella lo miró a punto de explotar, pero se contuvo y dijo, sí, de pequeños favores está forrado el camino al infierno, le dijo, ¿no es de buenas intenciones? Dijo Pierre, y ¿qué son los pequeños favores sino intentos de buenas intenciones? Replicó Marguerite. Él se detuvo por un momento, hizo una pausa, viendo a sus propios zapatos, luego levantó la cabeza: y pensar que eras una niña tan

dulce, dijo, volvió a mirar sus zapatos, yo no sé por qué no te quedaste con Kiwi desde un principio, ese chino me caía bien, además tenía mucho dinero. Yann carraspeó la garganta. Pero está bien, dijo Pierre, si así lo decides, hizo otra pausa y retomó su andar por la sala. Voy a preparar café, dijo Yann, tratando de romper la tensión del momento, ¿alguien quiere? Yo no, yo sí, dijeron los hermanos al unísono, sin azúcar, mon amour, le dijo Marguerite a Yann, sí, lo sé, dijo él y se dirigió a la cocina. Necesito el baño, dijo Pierre, y se adentró por el pasillo. Marguerite acompañó a Yann a la cocina y se quedaron conversando en voz baja sobre su decisión de no prestar más dinero a Pierre; ya sabían que siempre hacía eso, y que nunca les regresaba el préstamo, y, además, solo aparecía para eso, nunca para otra cosa.

Luego de varios minutos Pierre apareció en la puerta de la cocina. Está bien, sin rencores, hermanita, mejor me voy, necesito conseguir ese dinero hoy mismo. Dio media vuelta y salió por la puerta del departamento, dejándola abierta. Yann se acercó a cerrarla.

Días después, cuando estaban planificando su viaje a Marruecos, Yann descubrió que la cajita de metal, escondida entre el ropero de la habitación, donde tenían un dinero guardado, estaba completamente vacía. Los dos se quedaron viendo, no dijeron nada más al respecto.

Por la tarde de aquel día en que descubrieron el robo, ella le dijo a Yann que no se preocupase, que pediría un adelanto por el libro que estaba en proceso. Yo tengo algo en el banco, dijo él, pero enseguida pensó en esa nueva obra, y le preguntó, y, ¿puedo saber de qué va el nuevo libro que está escribiendo? Es un libro con su nombre, le dijo ella, además, le judaicé. Ya no será usted Yann Lemée, sino Yann Andréa Steiner. Con ese nombre, amor, nadie se olvidará de usted; además, hay un niño de seis años allí, y también una muchacha que espera el tren a Auschwitz, pero no le contaré toda la historia, solo que ese libro es suyo.

Años después, recordando, Yann Andréa escribirá esto que le dijo a ella, en una de sus variadas discusiones entre botellas y humo: “Si mañana me muero o me mato, usted

hará un pequeño libro en quince días, estoy seguro”. Marguerite Duras responderá: “No diga eso, Yann, se lo suplico. No diga: un pequeño libro. Diga: un libro”. Así, las horas, los días, los meses, los 16 años, pasaron raudos y felices, con tormentas y remansos de paz por igual. Amor estéril el que no queme, amor inútil el que no prenda.

3

81 años y cáncer de esófago; eso sucede, eso también es la vida, y eso es lo que hay, lo que queda; el vacío, se dijo Yann Andréa aquella mañana de marzo del 96 en el hospital, cuando vio desvanecerse a Marguerite Duras en esa cama de sábanas blancas.

No le quedó más que el encierro, la escritura como intento de salvación, y el haber aprendido a mantenerse en alcohol, como parte de la herencia de aprendizaje de ella. Se quedó en el estudio de la calle Saint Benoît, frente al Café de Flore, lugar que ella había legado a su amado Yann Andréa; así como el derecho de ser el albacea de su obra literaria; allí, en el os-

tracismo, pasó los días y las noches, en el centro de la nada, en el destierro de su propia razón, que era la razón de ella, en el abandono de su propio cuerpo, que era el cuerpo de ella; en aquel lugar que, coincidentemente, quedaba casi al frente del departamento donde ella vivió casi toda su vida.

Unos años después de la muerte de Marguerite Duras, su hijo Jean intentó hacerse de unos dólares al publicar un libro de recetas de su madre. Yann Andréa lo impidió a

capa y espada. Alguna vez alguien le preguntó si esa actitud no había sido un tanto excesiva. No cuando se trata de un mal libro, dijo él.

Todos dicen que Yann Andréa murió a los 63 años, olvidado y abandonado en su piso de París, en un día de julio de 2014, pero eso es mentira. Fue una mañana de marzo, del 96, en un hospital de sábanas blancas.

Javier Lara Santos
Enero 2021

* **Javier Lara Santos.** Quito, Ecuador. 1978) Tiene publicaciones en poesía, cuento, novela y ensayo. Premio proyectos literarios nacionales, Ministerio de Cultura, 2018. Novela ganadora de la convocatoria nacional de publicaciones, CCE Azuay, 2019. Premio Nacional de cuento PEN 2020.